

entonces esa tremenda y constante uniformidad de sentimientos á través de las edades, y á despecho de la diferencia de razas, religiones, caracteres y costumbres? ¿Qué idea tan poderosa ha sido esa que haya podido realizar el milagro de poner acordes á los tiempos presentes con los pasados, si no es la natural perversidad judía? Por otra parte, no es cierto que el fanatismo religioso haya engendrado, al menos por lo que respecta á la Iglesia Católica, ese odio feroz é inhumano á veces, que por la raza judía han sentido y sienten las naciones todas de la tierra. Precisamente, si alguna vez se ha alzado alguna voz en defensa del pueblo hebreo, vejado y perseguido á consecuencia de sus crímenes y usura, ha sido la de la verdadera Iglesia de Jesucristo. No negaremos que fanáticos sin conciencia ó ignorantes hayan llevado, en varias ocasiones, su encono á reprochable extremo. Pero contra ellos ha interpuesto siempre la Iglesia su autorizada, potente y generosa protección. San Isidoro condenó con cristiana elocuencia y evangélica caridad el edicto de Sisebuto contra los Judíos, arrastrando al IV Concilio de Toledo á su opinión, que era por otra parte, y sigue siendo, la opinión de la Iglesia. San Gregorio el Grande, el Pontífice amigo de san Leandro y de Recaredo, prohíbe terminantemente que se persiga á los Judíos y se destruyan sus sinagogas. León VII escribía al Obispo de Maguncia, Federico, diciéndole

entre otras cosas: «Si quieren de buen grado »creer y dejarse bautizar, daremos infinitas gracias al Todopoderoso... Mas no los bauticéis »por fuerza, sin que ellos lo quieran ó lo pidan.» El gran Papa Inocencio III amenaza con la excomunión al que los persiga, ó los fuerce á recibir el bautismo, declarando que les concede su protección, por caridad cristiana, á ejemplo de sus predecesores.» En efecto, Alejandro III había ya declarado lo mismo, y felicitado á los Obispos de España por haberlos protegido contra los caballeros franceses que en 1065 habían venido á Castilla á tomar parte en nuestra secular cruzada contra los Musulmanes. Los Obispos de Maguncia y de Praga, Rothard y Cosme, los defienden también contra los cruzados fanáticos de Palestina; y el gran san Bernardo escribía á Enrique I, obispo de Maguncia, en 1146, condenando la conducta de Rodolfo, á quien llama «hombre sin corazón», por haber dirigido la cruzada, antes contra los Judíos, que contra los Musulmanes. «La Iglesia, decía el Santo, triunfa de los Judíos »convenciéndolos ó convirtiéndolos. En todo tiempo y país, ruega á Dios que arranque de su espíritu el velo que los sume en las tinieblas.» Del mismo modo los protegieron Inocencio II, Alejandro III, Gregorio IX, Clemente VI y otros muchos Pontífices, y también los Concilios, entre los cuales podemos citar, además de los de España, el Sínodo de Tours de 1236, que

llega á amenazar á los perseguidores con las penas canónicas, y el de Letrán de 1215. La misma protección les concedieron muchos monarcas y príncipes católicos, como Ludovico Pio, Alfonso VI, san Luis, Isabel la Católica y Luis XVI, entre otros. ¡Cuán distinta ha sido la conducta del Protestantismo y sus retoños naturales con respecto á los Judíos! Desde Lutero, quien no se contentaba con menos que con reducir á pavesas sus sinagogas, «antros de espíritus inmundos,» quitarles sus riquezas, y someterlos á toda clase de vejaciones, oprobios y miserias, despues de cubrirlos, según su estúpida costumbre, de groseros insultos, hasta Voltaire, que les dice en su *Diccionario filosófico*: «La ternura que siento por vosotros, únicamente me permite deciros una palabra: SOIS ANIMALES CALCULADORES; PROCURAD SER ANIMALES PENSADORES,» todos los perseguidores de la Iglesia, han perseguido del mismo modo á los Judíos; todos los enemigos de aquella lo han sido también de éstos.

¿Existe acaso algún género de mancomunidad entre la Iglesia y los Hebreos? Fuera del que la caridad cristiana nos manda tener con nuestros semejantes, ninguno. «¿Qué aproximación, decía »el Papa Leon VII, puede haber entre la luz y »las tinieblas? ¿qué relación entre el creyente y »el infiel?» Es que el espíritu evangélico de la Iglesia y su inagotable caridad «no quieren la muerte del pecador, sino que se convierta y

viva,» como declaraba, tratando esta materia, el Sínodo de Tours antes citado. Por eso la Esposa de Jesucristo, no obstante saber «que la justicia »divina ha dispersado á los hijos de Israel hasta »el día en que la plenitud de las naciones haya »ingresado en el seno de la Iglesia Cristiana, y »que el reino de Israel no se reconstituirá hasta »la consumación de los siglos,» prosigue impertérrita la admirable y difícilísima empresa de salvar al desgraciado pueblo hebreo, tan digno de lástima como de castigo.

XXIII

Doctrina del Thalmud

MAS ¿cómo ha correspondido el pueblo judío á la maternal solicitud de la Iglesia Católica? En la conciencia está de todo el mundo. Enemigo más insidioso y tirano no lo ha tenido, ni lo tendrá jamás. Ni puede ser de otra manera, atendidas las doctrinas del Thalmud, que se adaptan admirablemente á los instintos y á los odios de la raza hebrea, y son al mismo tiempo la más tremenda, monstruosa y radical contradicción del Catolicismo. «Dios, se lee en ese infernal texto, es la causa del pecado, puesto que él nos ha dado una naturaleza depravada y nos ha impuesto el yugo de la ley.»—«El mintió en otro tiempo para restablecer la paz entre Abraham y Sara; por el bien de la paz, nos es dado, pues, mentir.»—«Hay 600,000 mil almas creadas por Dios, que proceden de la sustancia divina; todas pertenecen á la raza judía. Las almas de los demás hombres proceden de los demonios, y son semejantes á las de las bestias. Caín tenía tres almas; una pasó al cuerpo de Coré, otra al de Jethro, la tercera al del egipcio que mató Moisés. El alma de Esaú, asesino y adúltero, entró en el cuerpo de Jesús....»—«El

»infierno es sesenta veces más grande que el paraíso, porque está destinado á todos los incircuncisos, especialmente á los cristianos.»—«Un israelita es más agradable á Dios que los ángeles: darle un disgusto, es lo mismo que desagradar á Dios...»—«Los cristianos son una raza de bestias; procedentes del Demonio, se les da el nombre de puercos; son nuestros prójimos, del mismo modo que lo es el animal, y no está permitido concederles misericordia: el disimulo y los testimonios aparentes de afecto son únicamente lícitos cuando se puede sacar provecho.»—«El mundo es de los Judíos: robar á los que no lo son, no es injusticia...»—«Dios no perdonará al judío que devuelva al que no lo es el bien perdido, porque sería asegurar el poder de los impíos.»—«La vida del que no es judío os pertenece, mucho más su dinero...»—«El que derrama la sangre de los impíos (los *goim*, los que no son judíos) ofrece una víctima á Dios. El precepto: tú no matarás, significa: tú no matarás á un hijo de Israel.»—«El precepto de Moisés contra el adulterio debe ser entendido del que se comete en perjuicio de un judío, no del que no lo es. No hay verdadero matrimonio entre los extranjeros, como no lo hay entre los animales. El judío no comete adulterio violando la mujer de un cristiano.»

Con lo dicho basta para conocer al pueblo judío, muy distinto de lo que muchos se figuran.

Las doctrinas del Thalmud han sustituido á las de la Biblia, que, por otra parte, interpreta á su manera, como hemos visto; advirtiendo que semejantes máximas, reducidas á cuerpo de doctrina, y condenadas por los Soberanos Pontífices en multiplicadas ocasiones, especialmente por Inocencio IV en 1247, Alejandro IV en 1258, Honorio IV en 1286 y Gregorio XIII, no han sido formalmente negadas por los Judíos; que han sido sacadas de documentos auténticos, como el Thalmud, libros, revistas y periódicos judíos, por el doctor alemán Rohling, quien se compromete á pagar mil thalers (11,500 reales) á todo aquel que pruebe la falsedad de una cita cualquiera; demostrando este autor que el Thalmud tiene para los Judíos toda la autoridad de un libro divino, debiendo ser explicado por los rabinos, «cuya enseñanza es la de Dios,» hasta el punto de que «si el rabino te dice que tu mano derecha es la izquierda, y tu mano izquierda la derecha, no pondrás en duda su afirmación.» La obra del Dr. Rohling ha sido traducida al francés por A. Pontigny con el título de *Le Juif selon le Thalmud*. El distinguido abogado D. Luciano Ribera ha publicado en el *Diario de Barcelona* algunos artículos sobre la cuestión, muy dignos de ser vistos. Conviene prevenir la tormenta. Las citas preinsertas las he tomado del notabilísimo opúsculo *La Question Juive*, de autor anónimo, quien las saca á su vez de la obra de Rohling.

XXIV

Influencia soberana del Judaismo en la sociedad actual

SEMEJANTE doctrina nos da la clave de la influencia espantosa que los Judíos ejercen en las sociedades modernas, y es al mismo tiempo la causa eficiente del odio que los pueblos cristianos sienten por la raza hebrea. En Alemania, dice Hitze en su hermosa obra *El problema social y su solución*, «los Judíos forman el grupo »más influyente de todo nuestro organismo social, y aun puede decirse que toda nuestra legislación económica no contiene más que privilegios en favor del Judaísmo. Los propietarios »de nuestra prensa, los jefes de nuestro Parlamento, los representantes de nuestra alta banca, todos son judíos.» *La Gaceta de la Cruz* llegó á afirmar, si bien en sentido hiperbólico, que «la sociedad entera se había vuelto judía.» ¿Dónde se halla situada en esta ciudad la calle de Jerusalem?—preguntó un judío extranjero á otro de Berlín.—¿Cuál no es aquí calle de Jerusalem?—le respondió éste algo amoscado. «Los usureros, continúa Hitze, que antes se escondían »para chupar la sangre del pobre, gozan hoy de »todos los derechos civiles, y los despreciados

»mercachifles ostentan ya blasones y títulos nobiliarios, que les permiten alternar y confundirse con la aristocracia... Al ver que en la capital de uno de los más importantes Estados de Europa el número de los habitantes cristianos es al de los judíos como 20 : 1; que en pocos años han caído en poder de propietarios judíos todas las fincas particulares de la principal calle de Berlín, llamada *Unter den Linden* (Bajo los Tilos); que á cada cristiano que toma parte en las operaciones de la Bolsa corresponden 100 judíos; que por cada 10 cristianos que desempeñan cargos administrativos, hay 90 judíos; cuando vemos, en fin, que en cincuenta años se ha duplicado cincuenta veces la riqueza de Rothschild, no podemos menos de creer que hay algo anómalo en nuestra situación, y de unir nuestra voz á la de los que piden que se examine lo que en los últimos veinticinco años ha crecido la riqueza de los Judíos, para deducir el tiempo que tardará en pasar á sus manos lo que aún queda en poder de los cristianos.» Merecen conocerse los artículos que el Dr. Perrot publicó en *La Gaceta de la Cruz* sobre la ocupación de los Judíos en Alemania, lo mismo que la *Hoja Central* de Stiehl y el *Vossische Zeitung*, y sobre todo encomendamos la obra citada, que, aunque escrita hace doce años, trata magistralmente la cuestión con gran copia de datos. Por lo demás, nadie ignora que *La Inter-*

nacional, que no es otra cosa sino la Francmasonería de la clase obrera, ha sido establecida y organizada por dos judíos, Lasalle y Carlos Marx. Metternich decía en 1849 que «los Judíos ocupaban el primer lugar en Alemania.» Y para dar una idea de la asombrosa actividad y astucia de la raza, diremos que en Breslau, ciudad de unos 235,000 habitantes, viven 15,000 judíos, y cuentan 70 miembros de los 102 que constituyen el Municipio, mientras los 85,000 católicos no tienen un solo representante. Los Judíos desempeñan las principales cátedras en las universidades alemanas, y de ellas han salido esas infames teorías filosóficas, cuyo objetivo principal no es otro que borrar la idea de Dios de la conciencia de los hombres. Hitze afirmaba en 1877 que los Judíos desempeñaban los primeros cargos en las redacciones de los veintidós principales periódicos de Berlín. La alta banca está en sus manos, y en el día monopolizan ya todos los negocios lucrativos.

Lo mismo sucede en Austria-Hungría. La conocidísima y encarnizada oposición del pueblo Húngaro á su primer ministro Tisza, no reconocía otra causa que el deseo de romper el tiránico yugo judío. Dueño éste de la principal riqueza del país, aspira también á la dominación administrativa, y actualmente hace gigantescos esfuerzos para arrebatár á la *gentry* (nobleza que posea bienes raíces) su legítima influencia y poder en los de-

partamentos, con lo cual tendrían los Judíos subyugado por completo al generoso pueblo húngaro. Dicen que Tisza (que á estas horas ya no es ministro) resistía á la presión judía, pero ¿será verdad lo que cuenta Drumont en *La fin d' un monde*? A consecuencia de haber concedido á los Rothschild un asiento en la Cámara austríaca el diputado antisemita Pattai pronunció un vehemente discurso en que decía: «Una parte degenerada de esta aristocracia baila únicamente alrededor del carro triunfal del nuevo Emperador, el Emperador del becerro de Oro (*frenéticos aplausos*); otra parte de nuestra aristocracia se emboza en muda resignación para justificar las palabras de Goethe: «Lo incomprendible es aquí una realidad.» Al conocer este fogoso arranque, dijo el Emperador á Tisza: «Me cubrís de infamia.» A lo que el Ministro murmuró al salir del despacho imperial: «Más me han pagado los Rothschild por su asiento, que no me pagaría el Emperador por cincuenta años de servicios.» «Austria, dice el mismo Drumont, se pudre en una cama de respeto con magníficas colgaduras que tapan la luz y que la polilla está á punto de carcomer.»—«En Viena, como aquí (Francia), está la prensa exclusivamente en manos judías. El ministro Taaffe, que se atreve á llamarse conservador, traiciona descaradamente á su Señor; tiene por jefe de su oficina de la prensa á un judío llamado Freiberg; los órga-

»nos oficiosos, *El Fremdenblatt* y *La Presse*, pertenecen á los judíos.»—«En el fondo está más enjuniada todavía (Austria) que nosotros (los franceses).»

¿Qué diremos de las naciones búlgaras, en las que los cristianos son verdaderos mulos de reata de los Judíos? ¿Qué de Italia gobernada por Crispi, judío de corazón, maniquí de los Judíos y de Bismarck (que ya no es Canciller) y sectorio solapado y feroz tirano de la Iglesia? Las principales fuentes de riqueza de España, sus inagotables minas, sus principales líneas férreas, las casas de banca más pujantes pertenecen ya á los Bäuer, á los Donón, á los Pereyre, á los Rothschild. Rusia, no pudiendo soportar la pesadísima carga judía, le amenaza con el destierro. Los Judíos ingleses gozan de los mismos derechos que los descendientes de Ricardo Corazón de León; y Benjamín Disraeli ha podido codearse con los Russell, los Buckingham, los Norfolk, los Melbourne, los Cumberland y Devonshire, con el título de par de Inglaterra, conde de Beaconsfield, capitanear el partido *tory*, de tan aristocrático abolengo, y presidir Ministerios. Este mismo judío escribía en 1844: «A mi llegada á San Petersburgo, tuve una entrevista con el ministro de Hacienda de Rusia el Conde Cancrim, que era hijo de un judío de Lituania... En París quise saber el parecer del Presidente del Consejo, y tuve en mi presencia á un mariscal

»del Imperio, el hijo de un judío francés, Soult.
 »¡Cómo! ¿Soult judío? Cierto, lo mismo que
 »otros muchos mariscales del Imperio, á la cabe-
 »za de los cuales Massena, que entre nosotros se
 »llama Manasseh... Abandoné á París por Ber-
 »lín, y el ministro á quien tuve que visitar no
 »era otro que un judío prusiano.»

Y ¿qué diremos de la infeliz Francia que ago-
 niza en manos de los Rothschild, Crémieux, Lo-
 kroy, Meyer, Herz, Wolff, Erlanger, Christophle
 y tantos otros miles de judíos y judaizantes, pan-
 dilla de parásitos sin vergüenza, que se entretie-
 ne en chupar la sangre generosa de la nación
 cristianísima, envileciendo sus glorias, privándola
 de sus brillantes destinos, y haciéndola se-
 guir, humillada su frente tan altiva, que ciñó
 inmortal diadema, tras el carro nefasto en que
 celebra inmundas bacanales, y se reparte los gi-
 rones de su augusto manto, la *infame turba que*
abrigó en su seno? «Los Judíos disponen en Fran-
 »cia de todos los empleos importantes y lucrati-
 »vos,» ha dicho Toussenet, en su obra *Les Juifs*
fois de l'époque. Mas la tormenta desencadena-
 da por Drumont con su *Francia Judia* y *El fin*
de un mundo, y con la *Liga nacional antisemítica*
de Francia, que ha enarbolado la *bandera blan-*
ca, la de Juana de Arco, la que únicamente pue-
 de salvar al pueblo francés de su espantosa des-
 composición, se cierne ya sobre la cabeza de esa
 chusma de tiranuelos sin conciencia, miserables

adoradores del Becerro de Oro, que diría Pattaï.
 «Había allí (en el despacho del Delegado gene-
 ral de la Liga), dice Henri Marchand, en una de
 sus sabrosas correspondencias á *El Correo Espa-*
ñol, un bravo coronel de caballería en activo
 servicio, que dijo al *reporter*: «Ya es tiempo de
 »que vuelva á Juana de Arco la Francia. ¡Viva
 »Francia! Ya estamos cansados de estos merca-
 »deres de no sé qué, que vienen de no se sabe
 »dónde. Al diablo esa gente, barones y vende-
 »dores de billetes de lotería. ¡Viva Francia!» Al-
 mas de generoso temple y corazones magnáni-
 mos, como los de Eduardo Drumont y ese bravo
 coronel de caballería, necesita Francia y las de-
 más naciones, sometidas al poder judío, para
 salvarse.

XXV

La Masonería como institución judía

INTERMINABLES nos haríamos, si hubiésemos de continuar esta materia; pero sí llamaré la atención sobre un hecho importantísimo, que resume en sí todo el imperio de que dispone el Judaísmo. En sus manos está la Masonería, secta funestísima, que mina los fundamentos del orden social, que pisa con atrevida planta la tiara del Pontífice y la corona de los reyes, que desune la familia y quebranta los fortísimos lazos que ligan á la humanidad; que abomina de Dios y presta culto descarado á Lucifer; en una palabra, que es el enemigo más formidable de la civilización cristiana, como varias veces han declarado en documentos del dominio público las autoridades superiores de la secta, con lo que no hacen otra cosa que confirmar el objeto principal que le marcan sus Estatutos, velados á las miradas de los infelices afiliados de buena fe. «Carísimos hermanos, ha dicho en una circular el Gran Oriente de Italia, nuestra sede en Roma abrió una nueva era para la humanidad, Italia y la Masonería. Hemos ya borrado de la legislación humana la infame teocracia, que era un insulto á la civilización, y hemos reconquistado para la

»Nación su capital histórica. Pero la Masonería no ha cumplido aún su misión, y la humanidad espera que demos el último golpe á una religión rapaz y sanguinaria; y después de haber reivindicado para el poder laico una sede de deshonra, que hemos civilizado, tenemos grandes deberes que cumplir para combatir á los enemigos del progreso, y proclamar el reinado de la justicia.»

En otro documento anterior afirmaba el mismo Gran Oriente que el *objeto final de la Masonería es el aniquilamiento del Catolicismo y de toda idea cristiana.*

Como ya demostró en un hermoso libro Rafael de Rafael, ¡cuántos masones de buena fe no conocen ese *objeto principal* de la secta! Como nuevamente ha demostrado León Taxil, en numerosas obras y elocuentes textos, ¡cuántos padres amantísimos de familia, cuántos amigos fidelísimos, cuántos honrados ciudadanos, que darían sin vacilar su vida por la patria, pertenecen á esa institución social cosmopolita, que no reconoce patria alguna ni interés sagrado sino el suyo! Esas personas ¿no abren sus ojos ante el hecho tan notorio de que se les manda obedecer, y obedecer ciegamente, á jefes que no conocen, que vigilan todos sus actos, y que les exigen la más tremenda responsabilidad de sus acciones? ¿Qué siglos vieron jamás inquisición más odiosa? ¿Qué hombre, que aprecie de algún modo la dignidad

humana, se atreverá á perder tan estúpidamente su libertad é independencia?

Pero si es inconcebible que simples particulares sean masones, á menos que sus intereses se armonicen con los de la secta, aún lo es más que los gobiernos, que los reyes, que el Estado, soporten, toleren ó protejan semejante institución. La principal ley de la naturaleza es la unidad, que indica su procedencia de un solo y soberano Autor; todos sus elementos tienden á realizar esta ley maravillosa. El Estado ha de ser uno, una la patria, una la autoridad: las naciones que no llegan á conseguir este bellissimo ideal, nunca gozarán de paz, que es vida. La Masonería es un Estado dentro del Estado, un poder formidable, oculto, misterioso, frente á otro poder público, responsable, libre, con personalidad moral determinada. El uno tiene deberes; el otro no se debe á nadie, más que á sí mismo. El poder público vive para los asociados, se debe á la colectividad, está sujeto á leyes que le marcan el derrotero que debe seguir; la Masonería no reconoce más deber que sus intereses, trabaja en provecho propio y carece de responsabilidad. Desde este punto de vista, la ventaja que el Estado-masón lleva sobre el poder público, es enorme. En vano es que los reyes, los presidentes de república, los jefes de gobierno sean masones; porque ni Oscar de Suecia, ni el Príncipe de Gales, ni Carnot, ni Crispi, ni Sagasta, podrán desembara-

zarse de los compromisos contraídos con la secta. ¿A qué fenómeno obedecen esos cambios súbitos políticos, cuyas causas son desconocidas? ¿á qué ese interno malestar, esa excitación frenética, esa intranquilidad desorganizada, ese temor continuo, esa duda espantosa, ese recelo, esa zozobra, ese maquiavelismo que se nota en todas las naciones del mundo? Los hombres pensadores, los que acostumbran á analizar las causas de los acontecimientos y á medir por ellos sus efectos, los que escudriñan fibra por fibra el corazón humano, y deducen las leyes que rigen á la humanidad, determinando sus simpatías y aversiones, sus debilidades y grandezas; no pueden afirmar, del estado anormal de esta sociedad, leyes generales. Se encuentran en presencia de un fenómeno desconocido, que trastorna todas sus previsiones. Nadie puede hacer cálculos exactos para lo porvenir, aunque los base en detenidas investigaciones sobre el pasado de los pueblos, el carácter de las razas, las providenciales misiones que han cumplido en la Historia, y las que, dados sus antecedentes, debieran cumplir todavía; su genio, su civilización, sus recuerdos, esperanzas, religión, costumbres, leyes, situación, recursos, en una palabra, todos los elementos que contribuyen á dar cumplida idea de los pueblos, á determinar su propia, peculiar y genuina personalidad. Porque todo esto no es más que efecto de esa causa oculta que todo lo trastorna. Porque la brú-